

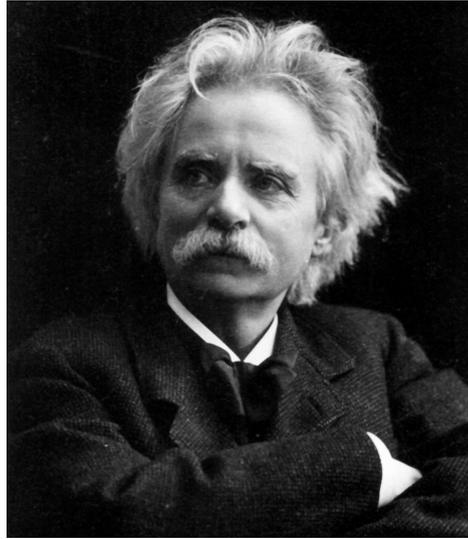
# Bajo el manto de la nieve nórdica

Eusebio Ruvalcaba

Edvard Grieg acarició a su perro. Apenas abría los ojos, su mano descendía hasta la parte inferior de la cama y frotaba las orejas del animal, como si fuera la más pura felpa. Porque no nada más era un placer para el viejo pastor irlandés —que tenía con él más de quince años—, sino también para él, sin duda el pianista y compositor más venerado de Noruega.

Esa tarde, Johannes Brahms acudiría a comer. La sola idea no le había permitido conciliar el sueño. Pese al intenso frío, un calor insoportable lo había despertado varias veces. Aquella temperatura era de tipo emocional, y provenía de su estado nervioso. Cada vez que se había despertado, veía a Brahms bajando de un carruaje y dirigirse hacia su casa a paso veloz, caminando sobre la nieve. Pero entonces algo sucedía, porque el rubicundo compositor se tropezaba y caía en un pantano de nieve. Se hundía paulatinamente hasta perderse en las arenas movedizas de hielo puro. Eso no podría suceder. En cualquier lugar del mundo podía fallecer Johannes Brahms, pero no en las puertas de su casa. No su compositor más querido y admirado. Desde que Brahms le había anunciado la fecha exacta en que se presentaría a comer, este sueño, mejor dicho esta pesadilla, se había vuelto recurrente.

Recordó la vez que lo había conocido. En Berlín. Cuando fue convocado a una cena en la cual estarían presentes dos hombres de la misma altura, pero cada uno dueño de un concepto distinto de la vida y de la música: Piotr Ilich Tchaikovski y Johannes Brahms. Ahí había trabado amistad con el alemán. Ya lo admiraba. Desde que había escuchado su primera sinfonía, entonces sintió que un nuevo horizonte se abría delante de sí. El modo en que resolvía los grandes escollos de una paleta orquestal, lo arrobaba.



Edvard Grieg

¿De dónde le venía esa pasión contenida, esa fuerza lírica que iba de un extremo al otro del teclado, o bien de esa música de cámara para instrumentos de cuerda frotada, que lo hacía transportarse a instantes de éxtasis y encantamiento? Cómo quisiera conocer más obra suya, pero en Oslo, aunque pululaban por aquí y por allá colectivos musicales, los conciertos no habían alcanzado el nivel de popularidad deseada. Algún día, Noruega sería semillero de nuevas ideas musicales y centro de gravedad de la música europea.

Lo primero que hizo fue apresurar a Nina, su esposa adorada —para quien había compuesto los *Lieder* que todos los enamorados cantaban—. Era su amor eterno. Quería que todo estuviera listo desde el mediodía, cuando menos dos horas antes de que Brahms se presentara. Pero mi amor —se había atrevido a replicar—, todavía falta mucho. Además, con este clima y los caminos atascados de nieve es posible que no venga.

En su casa le habían inoculado el respeto a la esposa. Pero esto era demasiado. ¿Cómo se había atrevido siquiera a sospechar que acaso Brahms los dejaría plantados?

—Venga o no venga —respondió desde su rincón—, nosotros haremos de cuenta que vino. Porque si viene, nos arrodillamos. Y si no viene, me como su porción.

Se sentó al piano a revisar la música en la cual estaba trabajando. Tenía muchas cosas pendientes, y eso le serviría de distracción. Necesitaba alejar de su mente a Brahms.

Y lo logró. Su actividad lo atraía tanto, que el reloj había corrido sus buenas tres horas.

Entonces salió al porche y decidió esperar la llegada del maestro. El frío había tocado los dieciséis grados bajo cero. No quitaba la mirada del camino. Vivía a la mitad del bosque. Desde pequeño había convivido con los animales montañoses. A todos los protegía. En cada ser que lo rodeaba veía una manifestación de lo divino, que iba más allá de cualquier explicación. El camino que provenía desde Oslo le devolvía una soledad inextricable. Muy poca gente lo transitaba. Por ese camino él mismo había llevado el cuerpo de su hija al hospital. Ya estaba muerta y aun así sobrevivía la esperanza. Su mujer lo acompañó hecha un estropajo de lágrimas. Era un pésimo conductor de carruajes, pero precisamente ese día le había tocado descansar a Olaf. Cuando pensaba en su hija —imposible no evocarla todos los días, sin faltar uno solo—, pensaba en su concierto para piano. Porque se lo había dedicado a ella, con la promesa de que tarde o temprano lo tocaría. La muerte se encargó de pulverizar esta promesa.

De eso se acordaba ahora, cuando el frío repercutía en sus huesos como una tenaza al rojo vivo. Escuchó la voz de su mujer que le ordenaba que se metiera, que pescaría un resfrío si seguía allá afuera. Que Brahms no tardaría.

Brahms... entonces las facciones de Edvard Grieg se traslaparon con la vida real. Allí estaba él. En persona. A cincuenta metros. Desde la parte trasera del carruaje, Johannes Brahms le hizo señas. Su cara reflejaba una franca alegría. **U**